

EL DISCURSO DE LA GUERRA EN LOS TEXTOS CHILENOS DEL SIGLO XVI

Cristián Roa de la Carrera
Universidad de Chile

Nuestro tema apunta a la articulación de los textos del siglo XVI en el proceso de formación de la sociedad colonial en Chile. Para ello nos basamos en la consideración de textos de Valdivia, Vivar, Ercilla y Góngora, abarcando un período de unos 35 años entre 1540 y 1575.

Se trata de textos en los que el discurso se dispone en función de aquello que transgrede lo que se estima el deber ser de la realidad. Este elemento que violenta el orden de los discursos y la realidad se origina en una integración social que se realiza sobre la base de contradicciones y violencias en la constitución de una identidad ambigua e inestable.

La Corona sostuvo su expansión imperial sobre la base del aporte de capitales privados y de la concesión a las aspiraciones señoriales de los conquistadores. Pero, por otra parte, limitó el poder de los encomenderos para consolidar la unidad del imperio. Paralelamente, en el plano cultural, nos encontramos con un momento de transformación en que aparecen los signos de lo moderno. El orden feudal que cede paso a los estados europeos, la complejización de la economía y del orden social, y el desarrollo urbano, hacen necesaria y coinciden con la aparición de grupos letrados que anuncian nuevas configuraciones sociales. La oposición entre el guerrero y el letrado marca este proceso de desarticulación de la matriz señorial.

Las tensiones que provocan estas transformaciones son particularmente evidentes en los textos chilenos del siglo XVI. En Chile, la pervivencia del modelo señorial en la conciencia de los conquistadores tuvo su sostén principal en la prolongada guerra de Arauco. Este fue el soporte de las aspiraciones de soldados y caudillos interesados en conservar la supremacía del guerrero sobre el letrado: la guerra debía dar origen al poder, a la organización, a las jerarquías y diferencias, y ser soporte integrador del orden social sobre la base de una identidad generada en el proceso bélico.

Es por ello que, en la conciencia del conquistador, la presencia letrada traba el curso de los procesos. Vivar justifica la actuación de Francisco Villagrán frente a la de los licenciados Joan Gutiérrez y Pedro de las Peñas que entorpecen la toma de resoluciones adecuadas a las necesidades del momento:

“Viendo Francisco Villagrán el daño que la tierra recibía en no haber cabeza, y que se perdería, y que era servicio de Su Magestad, y que a él le habían de echar la culpa, hizo con el Cabildo que le recibiesen, porque así convenía al servicio de Dios y de Su Magestad y a la sustentación de este reino”¹.

¹VIVAR. *Crónica de los reinos de Chile*. Madrid, Historia 16. 1988, p. 307.

Del mismo modo, Góngora Marmolejo relata la lamentable actuación de los licenciados Juan de Torres y Egas Venegas cumpliendo la función gubernativa en el cargo de oidores, donde los soldados “comenzaban a sentir cuánto mejor les iba con los gobernadores que con audiencia”. Entre otros males, señala Góngora:

“llegaban a negociar con el licenciado Egas, después de haberlos oído, los enviaba al licenciado Juan de Torres de Vera, que con buen comedimiento los volvía a enviar al licenciado Egas, y en las licencias para algunos soldados que andaban en la guerra era lo mismo; y como no estaban vezados en negociar por aquella orden con los gobernadores, y que era un hombre solo y andaba de ordinario con ellos, sentían la falta que les hacía y proponían muchos de no andar en el campo sino apartarse de guerra tan infinita”².

Los grupos letrados son percibidos en forma crítica en dos planos: primero, el relacionado con su función de limitar y controlar el ejercicio del poder por parte de los conquistadores; segundo, en tanto aparecen como signo de las transformaciones que hemos señalado. Las contradicciones de la conquista en Chile se proyectan desde el ámbito acotado de los conflictos inmediatos hacia la dimensión cultural.

Esta dimensión cultural se hace evidente al comparar la utilización del tópico de la Edad Dorada en los textos de Valdivia y Vivar. Valdivia que, desde la perspectiva del caudillo que debió financiar y correr con los riesgos de su propia empresa conquistadora, solicita una recompensa por servicios que van más allá de los deberes propios de un señor, le imprime un sentido negativo al tópico, al decir: “habíamos de comer del trabajo de nuestras manos como en la primera edad”³.

Vivar, por su parte, que escribe desde la perspectiva del simple vasallo y que aspira a una legitimación del modelo señorial, le imprime un signo positivo:

“Estaban tan desnudos cuanto nunca lo estuvo gente en estas partes, ni en ningunas de Indias. Y en todo este tiempo nunca les habían venido socorro, y a esta causa su principal intento era sembrar y criar para poderse sustentar y perpetuar esta tierra a su Magestad (...) Que era un tiempo bueno y un tiempo libre y un tiempo amigable. Digo bueno sin condicia, sano sin malicia y libre de avaricia. Todos hermanos, todos compañeros, todos contentos con lo que les sucedía y con lo que se hacía. Llamábale yo a este tiempo, tiempo dorado”⁴.

Es evidente que la formulación de Vivar se sustenta en aspiraciones profundas, a diferencia de Valdivia que se orienta a la defensa de intereses inmediatos. Para Vivar la integración y armonía del cuerpo social es posible sólo dentro de los marcos de un orden señorial que abarca el orden social y cultural en una totalidad.

La llegada del Bergantín Santiaguillo, que marca el fin del tiempo Dorado, trae la inarmonía: es portador de los signos de la transformación cultural; de la introducción del comercio y, con ello, la diversificación social; y, veladamente, del poder de la Corona, la burocracia que sustenta el orden capitalista mercantil y las limitaciones que ello importa al poder de los señores y caudillos como Valdivia. La desnudez es

² ALONSO DE GÓNGORA MARMOLEJO. *Historia de Chile*. Santiago, Imprenta del Ferrocarril. 1862, p. 163.

³ PEDRO DE VALDIVIA. *Cartas de Relación de la Conquista de Chile*. Santiago, Ed. Universitaria. 1970, p. 31.

⁴ VIVAR. *Op. cit.*, p. 169.

interpretada como indicio de la primacía de los valores de servicio —propios del orden señorial— por sobre los intereses personales, la diversificación social, como indicio de la imposibilidad de constituir la legitimación del poder sobre una identidad fundada en la guerra y la sobrevivencia.

En otras palabras, Vivar está resintiendo la presencia de un modelo que se constituye sobre la base de una transformación del modelo señorial, una transformación que conduce al diseño urbano y mercantil con el que se intentó consolidar la unidad del Imperio. Esta transformación que violenta los mecanismos de integración social nace de la redistribución continua de poderes y funciones en que el mérito del servicio es subordinado al interés imperial de limitar el poder señorial e impedir que alcanzara autonomía. Codicia, avaricia y malicia marcan esta transformación y nos sitúan en una perspectiva crítica frente a las políticas imperiales y sus consecuencias en el plano cultural.

Góngora Marmolejo observa la continua postergación de los soldados que han servido por más tiempo en el Reino, sin comprender que su contrariedad frente a letrados y religiosos, a las pugnas de poder y codicia de los caudillos y gobernadores, obedece a las políticas deliberadamente ambiguas de la Corona que fomentaban la inestabilidad en función de la consolidación de su poder.

De modo que podemos afirmar que en el discurso de encomenderos y soldados el tema de la guerra se constituye en el soporte de la formulación de una identidad de resistencia a las transformaciones que intentó introducir la Corona con una concepción imperial funcional a estructuras de dependencia colonial. De ello concluimos que es sobre la base de lo que denominamos “discurso de la guerra” que podemos dilucidar los mecanismos desde los que se formula el proyecto señorial y las transformaciones que éste sufre en el proceso de formación de una sociedad realizado sobre la base de un proceso de aculturación.

Este discurso de la guerra nos sitúa, en la dimensión textual, ante el encuentro de modelos señoriales y renacentistas: una concepción de la guerra y del gobierno como arte (en tanto son creación consciente y reflexiva que encierra un placer en sí) se une a la aspiración de la consolidación de un poder autónomo en los márgenes del sistema de vasallaje. De ahí se origina el modelo heroico en el que la guerra opera como mecanismo de integración. En la tradición humanista el héroe era concebido como portador de la cultura, fundador de la sociedad y artífice individual de un orden; esto es traducible desde una conciencia y aspiraciones señoriales en un héroe gestor de un orden social integrado sobre una identidad que legitima estructuras de poder, jerarquías y diferencias sociales de tipo feudal.

La presencia de estos modelos es clara en las cartas de Valdivia. Esto no es raro si consideramos su participación en las campañas militares del imperio en Flandes y Milán, donde se familiarizó con la cultura renacentista, particularmente en el dominio bélico. Sergio Villalobos⁵ señala que Pizarro, al ver el orden de las tropas de Valdivia en la batalla de Jaquijahuana, dijo: “Valdivia está en la tierra o el diablo”.

La visión de la guerra como arte está claramente vinculada a la concepción racional renacentista, pero también puede ser articulada desde las pretensiones señoriales en la medida que permite sustentar una identidad integradora en función de la guerra. El héroe como fundador, como fundamento del orden, se sustenta en la idea de una voluntad que hace del gobierno y la guerra una obra de arte. Esta síntesis señorial renacentista aparece en todas sus dimensiones en la Carta II de Valdivia:

⁵ SERGIO VILLALOBOS. *Historia del Pueblo Chileno*. T. I. Santiago, Zig-Zag, 1983, p. 216.

“en lo que yo he entendido (...) para llevar adelante la intención que tengo de perpetuarla a vuestra Magestad, es en haber sido gobernador, en su real nombre, para gobernar sus vasallos, y a ella con abtoridad, y capitán para los animar en la guerra y ser el primero a los peligros, porque así convenia, padre para los favorecer con lo que pude y dolerme de sus trabajos, ayudándoselos a pasar, como de hijos, y amigo en conversar con ellos, jumétrico en trazar y poblar, alarife en hacer acequias y repartir aguas, labrador y gañán en las sementeras, mayoral y rabadán en hacer criar ganados, y, en fin, poblador, criador, sustentador, conquistador y descubridor”⁶.

Este Valdivia fundador y portador de la cultura, soporte de la hueste conquistadora, no tiene la investidura de un señor. La transformación del modelo señorial se hace evidente en las tensiones de la carta que se originan en las aspiraciones de Valdivia encontradas con las prácticas políticas de la Corona.

Esta conciencia sincrética que reúne los valores de servicio con los de una guerra individualista y racional hará crisis frente a la realidad política, pero más duramente ante el fracaso que deriva de la no realización del sometimiento de los nativos en perjuicio de los intereses tanto imperiales, como señoriales. De aquí surgirán proposiciones alternativas como la de Vivar que intenta armonizar las aspiraciones de un orden señorial con la concepción imperial en una idea de servicio, unidad e integración.

Esto nos lleva a considerar la guerra como mecanismo generador de una identidad integradora. La guerra como lenguaje que opera sobre la base tanto de la integración orgánica, como de la amenaza. Esto involucra un doble circuito comunicativo: hacia los grupos sometidos y hacia la propia hueste.

En el primer circuito surge el problema del sometimiento e incorporación del nativo como vasallo de la Corona. El orden señorial le asigna un lugar de acuerdo a su condición de rebelde y vencido, así como el encomendero constituye su identidad desde su condición de vencedor. En tanto el sometimiento no se realiza, queda en cuestión el soporte axiológico que legitima la conquista, proceso que se concreta en la transgresión de los códigos militares del conquistador.

Inicialmente observamos el fracaso del intento de un sometimiento a través del contrato como mecanismo de integración orgánica, pero el código contractual será permanentemente transgredido por los nativos. Esta transgresión que imposibilita el sometimiento opera como argumento legitimador de las acciones bélicas llevadas a cabo por los conquistadores, pero no elimina la inoperancia que hace evidente la debilidad del soporte axiológico fundado en la superioridad cultural del conquistador.

Esto genera la necesidad de imponer el sometimiento sobre la base de la amenaza, lo cual lleva a la represión severa de todo intento de sublevación por parte de los nativos. El problema que comienza a aparecer en estos textos es la imposibilidad de hacer efectivo este mecanismo. Esto lleva a una valoración del nativo en el plano cultural, mediante su identificación con los antiguos numantinos en Vivar, o la mitificación realizada por Ercilla. El rasgo fundamental en ambos es la conciencia de la imposibilidad de someter e integrar al nativo mediante la guerra, y su valoración en virtud de códigos bélicos.

⁶ VALDIVIA. *Op. cit.*, pp. 40-41.

Es aquí donde comienza a quedar en evidencia el fracaso de la empresa conquistadora, lo cual conduce a la gestación de una visión crítica del proceso efectuado. Esta visión crítica se caracteriza por el cuestionamiento de la conciencia respecto a la visión menoscabada del nativo, por la creación de una imagen utópica de un mundo salvaje de integración y unidad, y la proyección de la imagen del salvaje frente a las propias carencias: desintegración del sentido de cuerpo, de los valores de la unidad, el bien común e integración del vasallo al orden imperial bajo el poder del monarca.

De ahí que la dimensión profunda de la crítica sea cultural: la conciencia de la posibilidad de la diferencia (ruptura de un sistema de signos cerrados) lleva a aceptar al nativo en el plano de la valoración cultural. Esto involucra un doble quiebre, reconocimiento del otro en una dimensión que no es la del bárbaro, y reconocer en esas dimensiones aquello que se ha ido perdiendo en el horizonte de la propia cultura, esto es, el sentido de la unidad y armonía social.

De modo que la guerra fracasa como mecanismo también en el circuito de la hueste conquistadora: es incapaz de operar la integración en la medida de las interferencias que sufre la realización del proyecto señorial, pero también lo es en la medida que estas interferencias aparecen junto a una configuración cultural en que los intereses personales subvierten la orientación de las acciones hacia el bien común. Esto último recorre la experiencia de violencia y transgresión que se hace patente en estos textos y se perfila cada vez con mayor claridad hasta derivar en dos vertientes: una vertiente que articula la crítica desde la violencia que importa la conquista, y otra vertiente que recoge la perspectiva del soldado tal como se muestran en Ercilla y Góngora, respectivamente.

La visión que traspasa los discursos de Vivar a Góngora es de la pérdida de la unidad, en que la lengua común se ha abandonado para dar paso a una heterología signada por la conciencia individual que orienta su hacer no en función de normas, sino del cálculo utilitario sobre los resultados. Son textos en los que se hace patente la autocomprensión del hacer del proceso militar como una instrumentalización que conduce a la desintegración del cuerpo. Así se explicaría la transformación de *La Araucana* en que desde la proposición inicial de cantar la guerra (como fundamento de una identidad ligada a la gloria imperial) deriva a la renuncia del tema bélico y la conversión del canto en llanto.

Este proceso se cumple en el imaginario como un recorrido desde la implantación del *logos* (fundación de ciudades, evangelización y sometimiento de nuevos territorios) hacia la percepción de la diferencia en la transgresión y transformación del proyecto señorial que funda los órdenes social y cultural. Descentramiento y constatación de la diversidad que nace del lenguaje de la guerra. Los diversos discursos que se generan desde ella obedecen a una experiencia de desarticulación del *logos*, una experiencia de desorganización del sistema de los signos, del hombre que abandona el sistema cerrado del mundo medieval, para aventurarse en una expansión que eclosiona los márgenes fijados a la palabra.

En suma, nos encontramos frente a un proceso complejo en que interactúan diversas líneas de fuerza asumidas más o menos coherentemente por los diversos actores que participan en él. Estamos ante la formación de una sociedad constituida sobre una integración inestable en la medida que reposa en una identidad ambigua y contradictoria en la que las estructuras de dependencia son el escollo principal para lograr la homogeneidad del proceso. Su constitución sobre la base de un orden fundado en la guerra, nos ha obligado a desentrañar el mecanismo de la guerra en su dimensión cultural: como un lenguaje que en la praxis va generando su autocomprensión.